



Dos jóvenes que pasaron por el Centro Semi Cerrado de Sename en La Cisterna cuentan su historia

UNO DE ADENTRO Y OTRO DE AFUERA...

► El primero tiene 20 años y cumple condena en el recinto. Aunque recién inicia un proceso de resocialización de resultado incierto, al menos ya hay algo que agradece: “Nunca antes de preocuparon por mí”, dice. El segundo estuvo en el mismo centro y a sus 26 años, lleva seis sin reincidir, aunque con una gran motivación extra, sus dos hijas: “Quiero estar para mis niñitas, quiero que no les falte nada”...

► Por **Andrea Contreras M.**,
periodista unidad de Comunicaciones
Defensoría Regional de O'Higgins.

Cada año ingresan al sistema penal más de 27 mil menores de entre 14 y 17 años, muchos de los cuales terminan en residencias del Sename, centros semi cerrados o de reclusión permanente. La mayoría carga en sus espaldas una larga historia de infracciones penales y una carga de vulnerabilidad social que se inició mucho antes de que estos jóvenes fueran vistos como sujetos de derecho según la normativa de la Ley de Responsabilidad Penal Adolescente.

Aquí rescatamos dos historias. Pablo y Claudio cuentan su verdad. Hablan un poco de su historia y de cómo el sistema penal juvenil se ha hecho cargo de sus vidas y de sus posibilidades de reinserción social.

Comuna de La Cisterna. Son las 9:30 de la mañana de un viernes y en el semi cerrado reciben a la agrupación mapuche para celebrar el *Wetripantu*. Su *werkén*, Moisés Cañulef,

explica a los jóvenes el significado de este nuevo ciclo del calendario mapuche -su año nuevo- y los invita a plantar y danzar junto al canelo.

Un joven toca el kultrún. Un cuello de polar tapa la mitad de su rostro. Es alto, de pelo corto, moreno y de contextura media. Participa animadamente en la ceremonia. Es Pablo, tiene 20 años y cumple en este recinto una de varias condenas por robo.

“A los once años empecé. Antes solo robaba dulces, pero a los once me llevaron para tirarme por una ventana. Después yo abría la puerta y los locos robaban la casa. Yo no cachaba bien. Al final me pasaban alguna cosa que sacaban y yo quedaba feliz. Después me avisé y empecé a pedir plata. Así anduve hasta los 15, que fue la primera vez que me detuvieron”.

Pablo cuenta con orgullo que era hábil para escapar de la policía, que lograba asaltar botillerías solo con amenazas, sin siquiera esconder “un fierro” (arma de fuego) entre sus

ropas. Dice que en un ‘día bueno’ lograba juntar dos millones y medio de pesos y que con eso se salvaba un mes sin seguir ‘trabajando’.

Pero de pronto hay un quiebre en su voz. Como si un “Pepe grillo” se sentara en su hombro y le susurrara que todo eso no estaba bien. Entonces respira hondo y confiesa que no quiere volver a delinquir, que quiere hacer las cosas bien, que a su polola le carga que robe, porque en cada ocasión arriesga su vida. También dice que no le quiere fallar a las tías y a un sistema que ha sido amable con él.

“Aquí se preocupan de uno. Las educadoras, las tías y los tíos, los profesionales... Todos están atentos a lo que uno hace. Nunca antes se preocuparon por mí, yo salía temprano y nadie me preguntaba dónde iba. Es raro que sea acá donde uno encuentra esas atenciones. El semi cerrado es bacán. Uno llega, duerme calentito, tiene actividades, tomas desayuno y te vas a la calle. Uno se tiene puro que portar bien y vas cumpliendo tu condena”, cuenta Pablo.

-¿Sabes que se cumplen diez años desde la puesta en marcha de la Ley de Responsabilidad Penal Adolescente?

-Sí, las tías nos explicaron eso el otro día.

-¿Y qué te parece esta ley? ¿Qué haya distinción entre las condenas de adultos y menores?

-Es bueno. Cuando uno entra a este sistema, va aprendiendo con los mismos compañeros lo bueno y lo malo. Depende con quién se junte y la voluntad que uno tenga por cambiar. Antes, te ibas preso con los adultos y eso era peor en el trato, en tu futuro... Al menos ahora te dan la opción de cambiar, de tener una mejor vida. Para eso te enseñan, te dan opción de terminar la escuela, de aprender oficios. Si hasta te buscan pega en el departamento de redes.

-¿Qué ha pasado contigo durante este proceso?

-He mejorado. Estoy más responsable. Al menos hoy me lo cuestiono. Si está bien o no hacer un asalto. Antes me daba lo mismo, no consideraba el riesgo ni el daño que le podía hacer a alguien. Le daba no más. Estuve muchas veces cerca de la muerte, me tiraron varias balas y para mí era adrenalina pura. Ahora la pienso... Además, a mi pareja no le gusta que robe. Igual me daría lata traicionar la confianza de las tías.

-¿Qué sabes de tus compañeros que han egresado del semi cerrado?

-Algunos están estudiando, pero otros reinciden rápido. Cuando uno sale del sistema desde chico y no sabe de disciplina o de cumplir órdenes, no es fácil someterse a la sociedad, trabajar de sol a sol para ganar 300 lucas, cuando desde los once años hiciste esa plata en un día. Es un cambio de mente que hay que trabajar. Es cuando debes aprender a poner la tranquilidad, la seguridad y la libertad por sobre las comodidades y la plata.

-¿Qué harás tú cuando egreses?

-Trabajar, pero no sé mucho en qué. Acá nos han capacitado para ser instaladores de cerámica, gasfitería y otras cosas. No es fácil. Cuando esté fuera del todo tendré que ver cómo me las arreglo y qué oportunidades se me dan. Pero mi intención es no reincidir.

CLAUDIO, EL DE AFUERA

“Fui llevado a los 5 años al Ejército de Salvación. Mi mamá no tenía cómo mantenerme. Ahí crecimos junto a mi hermano, conociendo gente más mala que uno, porque eso de que estos lugares son ‘universidades del delito’ es verdad. Uno se contamina de chico”, relata Claudio.

Es un joven alto y corpulento que a sus 26 años está casado y tiene dos hijas. Hace seis años que está fuera del sistema y no ha recaído.

Con un dejo de nostalgia y orgullo por lo que ha logrado superar, sigue el relato: “A los once nos robamos junto a mi hermano el primer auto. Él es un año mayor que yo. No sabíamos manejar y tampoco alcanzábamos bien los pedales. Chocamos con un árbol y ahí nos llevaron presos. Como éramos muy chicos llegamos a un hogar del Sename, pero no paramos. Nos especializamos en el robo de vehículos y éramos conocidos como ‘Los Torete’”.

“A los 16 me tomaron preso por el mismo delito, y ahí ya estaba implementada la Ley de Responsabilidad Penal Adolescente. Me dieron 5 años y tras un tiempo en cana, me trasladaron al semi cerrado de La Cisterna. Ahí la vida me cambió”, señala convencido.

Dice que es por la forma de trabajar que hay en el centro, “porque ahí no te tratan como delincuente. Hay respeto, hay cari-



ño y hay preocupación. Te invitan a participar de actividades, a crear, a organizar cosas. Eso a mí me gusta. Con mi generación creamos una radio que se llamó ‘Los buenos muchachos’ y fuimos la primera generación en participar de los talleres de desarrollo de pensamiento reflexivo que se hacían en la Universidad de Chile”.

Organizado en 2011 por la jefa de Extensión de la Facultad de Ciencias de esa casa de estudios superiores, Hortensia Morales, estos talleres invitaron a universitarios y a jóvenes del semi cerrado a realizar actividades conjuntas: paseos, visitas a laboratorios, tardes de estudio, análisis lúdicos de conductas y un largo etcétera.

Actividades diversas, “que buscaban que nuestros alumnos tuvieran la experiencia de trabajar con menores de origen vulnerable, excluidos socialmente y con problemas sicosociales, características que nuestros estudiantes probablemente tendrán que atender en sus aulas cuando sean profesionales. Y desde el otro lado, desde Sename, la idea era acercar a los adolescentes infractores a un mundo que les parecía ajeno donde -según sus palabras- se encontraba el ‘otro’ que los discriminaba, creando redes de empatía y colaboración, planteándolos como sus iguales, pues coincidentemente muchos de los alumnos de la universidad que participaron en este taller tenían un origen modesto e incluso provenían de historias de vida y realidades similares”, explica la creadora de esta iniciativa.

Así lo percibió Claudio: “Cuando llegué, igual me dio vergüenza. Trataba de hablar bien y vestirme mejor, para pasar piola entre los alumnos. En un comienzo me sentí muy ajeno, muy distinto, pero después comprendí que en ese mundo había también jóvenes que venían de mis barrios, de mí misma situación y que yo podía salir de la delincuencia y ser mejor”, recuerda.

“Me puse las pilas y empecé a terminar mis estudios, básicos y medios. Era otro mundo, tan distinto al que conocía y que me abría las puertas no sólo para aprender, sino también

para ser escuchado. Se hicieron cosas que yo propuse, invitamos a los estudiantes del taller a conocer nuestro centro semi cerrado, hicimos convivencias. Después éramos todos amigos. Ellos me ayudaban con mis ramos de la escuela, me sentí perteneciendo. Hasta que mi polola quedó embarazada y, para ayudarme, me aceptaron para trabajar de asistente en la biblioteca de la facultad. Eso anduvo bien hasta que -por saldar cuentas anteriores- me dispararon en el estómago y me demoré meses en recuperarme. Ahí perdí esa pega, pero no las ganas de cambiar”, dice.

Claudio suspira, se frota las manos y continúa: “Quiero estar para mis niñitas (ahora tengo dos hijas), quiero que no les falte nada, pero todo lo voy a lograr por las buenas. El grupo de apoyo del semi cerrado me apoya hasta hoy. Cuento con ellos y me guían cuando estoy a punto de saltar al lado oscuro. Yo ahí cambié, en el semi cerrado... Ahí comprendí el valor del trabajo honesto y la libertad”.

-¿No es fácil enfrentarse al mundo después de la condena?

-No, para nada. Cuando sales no hay contención, hay vida real. Hay que tener un techo y comida para las niñas. Pero no me ha ido mal, trabajé en camiones y en una vidriería. Hace poco volví a quedar sin pega, pero nunca he pensado en volver a delinquir para obtener lo que necesito.

-¿Ese pensamiento lo tienes después de pasar por el semi cerrado?

-Sí, aunque no todos lo entienden. De mi generación -en especial de aquellos con los que fuimos a ‘la Chile’, hay cuatro que se pusieron a estudiar en institutos y yo, que me quedé trabajando ahí. De todos modos, hay otros que mientras están adentro dicen que van a ser mejores, pero una vez que salen, al poco tiempo reinciden.

-¿Qué hace en ti la diferencia?

-El tener la posibilidad de cuestionarlo, de buscar otras opciones antes de volver a ‘salvarse’ así. No transar el disfrutar de la familia y la libertad. 